DOI: 10.18441/ibam.26.2026.93.189-211

CC BY SA

Populismo: ¿qué hay en el nombre de la crisis? Sobre el vínculo entre los conceptos de populismo y crisis

Populism: What is in the Name of Crisis? On the Bond between the Concepts of Populism and Crisis

Cristian Acosta Olaya
UNCAUS/CONICET, Argentina
cjacostao@gmail.com
https://orcid.org/0000-0002-0415-1186
Mariana Cané Pastorutti
Escuela IDAES-UNSAM/CONICET, Argentina
cane.mariana@gmail.com
https://orcid.org/0000-0003-1926-8923

| **Abstract:** This paper aims to examine the bond established between the concepts of crisis and populism within the most relevant bibliography on the latter, in order to recognize the status given to the notion of "crisis" in each approach and, therefore, to unravel the status that populism acquires in them. Based on a critical review of the literature, three reading keys were identified: one in which populism is conceived as a product of a crisis; another one in which it is described as a producer of crisis; and, finally, a third one in which the mutual intertwining (and triggering) between both concepts is emphasized. We conclude that in the analyzed literature there is a shift from the anomaly to the ubiquity of populism, and it is noted that this shift had less to do with the conceptualization of the populist phenomenon than the way in which its link with the crisis was conceived.
Keywords: Populism; Crisis; Discourses; Failure; Dislocation.

| **Resumen:** El objeto de este trabajo es auscultar la relación entre los conceptos de populismo y de crisis en la bibliografía sobre el primero, para reconocer el carácter que se le reconoce a

la noción de "crisis" en cada caso y, así, desentrañar algo del estatuto que en dichos abordajes adquiere el populismo. A partir de una revisión crítica de dicha literatura, se identificaron tres claves de lectura: una en la que se entiende al populismo como producto de una crisis; otra en la que es descrito como productor de crisis y, finalmente, una tercera en la que se subraya la mutua imbricación (y desencadenamiento) entre ambos conceptos. Se concluye que en la bibliografía analizada se opera un desplazamiento desde la anomalía hacia la ubicuidad del populismo, y se advierte que dicho movimiento tuvo menos que ver con la conceptualización de ese fenómeno, que con el modo en que se concibió su vínculo con la crisis.

Palabras clave: Populismo; Crisis; Discursos; Falla; Dislocación.

INTRODUCCIÓN

Una breve exploración bibliográfica sobre el fenómeno populista da muestra de una relación recurrente entre populismo y crisis. Esto supondría que, aunque no puede deducirse que toda crisis produzca procesos populistas, sí parece que todo populismo viene adosado a algún tipo de crisis. Al analizar tanto los populismos del siglo XX en América Latina, como los del siglo XXI a lo largo y a lo ancho de todo el globo, diversas perspectivas han contribuido a cimentar el lazo entre populismo y crisis. Algo similar advertían los investigadores argentinos Moira Mackinnon y Mario Petrone (2011) en su ya clásico estudio taxonómico sobre los debates en torno a los populismos latinoamericanos, en el que señalaron que las crisis hacen parte de los atributos analíticos que trascienden "los distintos periodos históricos y los diversos espacios nacionales" (2011, 44). Uno de los primeros analistas de estos fenómenos, el sociólogo italiano Gino Germani, diagnosticaba una "crisis total" (Germani 1962, 310) al momento de nacer el populismo en América Latina. Introduciendo un matiz respecto a esa idea de totalidad, el politólogo británico Paul Taggart considera al populismo tanto un peligro para la política representativa como una poderosa reacción a una "sensación de crisis [*sense of crisis*] extrema" (Taggart 2000, 2). Mackinnon y Petrone resumen la cuestión afirmando que "una situación de crisis y de cambio" constituye uno de los denominadores comunes de las definiciones de populismo, principalmente en América Latina: el fin del Estado oligárquico, el crack del '29, el ocaso del Estado de bienestar y la crisis de la deuda externa. Ya entrados en el siglo XXI, analistas como Chantal Mouffe, Paula Biglieri y Luciana Cadahia, agregan a este listado la crisis del neoliberalismo (Mouffe 2019, 54; Biglieri y Cadahia 2021, 165). Esta línea de continuidad en enfoques tan diversos sugiere un interrogante: ¿hay algo en los modos en que se conciben esos procesos críticos que nos permita echar luz sobre el concepto mismo de populismo?

A riesgo de simplificar las discusiones que abordan la diada crisis-populismo, se propone iniciar la presente indagación identificando dos conjuntos generales de abordajes sobre esta temática: uno que parte de una interrogación anclada en lo histórico-contextual y que se pregunta por los vínculos vigentes entre los populismos y las crisis "realmente existentes"; y otro orientado a reponer la cuestión a nivel teórico-analítico. Si

bien estas sendas de investigación no van necesariamente en direcciones opuestas,[1] este trabajo parte de una preocupación que se sitúa en el nivel teórico y que arraiga en una constatación específica: la gran mayoría de –por no decir todos– los trabajos abocados a la cuestión populista verifican algún tipo de vínculo entre esta última y las crisis; y, como resultado de la constatación de esa relación, suele darse por sentada la significación de "crisis". Si se toman, entonces, al populismo y a la crisis como conceptos –esto es, en tanto constructos que *dan cuenta*, pero también *dan forma* de la realidad en la que se inscriben (Koselleck 1969)–, se puede preguntar de nuevo: ¿qué nos dice sobre el populismo el hecho de que siempre se lo considere en concomitancia con una crisis? ¿Cómo afectan las supuestas recurrencias histórico-contextuales (Mackinnon y Petrone 2011) a la problemática teórico-analítica del populismo? ¿Hay, pues, una relación de necesariedad entre populismo y crisis? ¿Habitan, por así decirlo, algunos rasgos del populismo en el nombre de la crisis?

El objeto de este trabajo es auscultar esa relación perdurable entre los conceptos de populismo y de crisis. Lo que interesa aquí es rastrear y analizar estos puntos de divergencia y coincidencia en torno a *qué* es aquello que entra en crisis según las diversas investigaciones sobre los populismos. Con ello se pretende echar luz sobre el alcance que se le reconoce a la noción de "crisis" en cada argumentación y, así, desentrañar algo del estatuto que en ellas adquiere el populismo.

El punto de partida de este artículo es el siguiente: funcionando más como un supuesto que como un concepto del cual es preciso dar cuenta teóricamente, en las investigaciones sobre populismo "crisis" aparece como una noción que supone un criterio de adecuación entre elementos que se presentan como desacoplados –sociedad y política, representados y representantes, instituciones y actores, entre otros pares conceptuales–. Así, "crisis" funciona como una suerte de comodín, traficando un componente normativo que merece ser revisado porque no carece de consecuencias en las conceptualizaciones sobre el populismo. En otras palabras, es en "la crisis", entendida como el desacople de cosas que no están encastradas como deberían, donde parece surgir la posibilidad teórica de concebir al populismo como un fenómeno constitutivamente anómalo. De tal manera, esta indagación se propone aportar elementos para poner en discusión ese carácter anómalo que suele atribuírsele al populismo y que, creemos, deriva en gran medida del concepto de crisis al que se lo vincula íntimamente.

[1] Julián Melo ha advertido sobre cierta "direccionalidad desde lo histórico-contextual a lo teórico-analítico" presente en muchos estudios sobre el populismo y que, por ende, conduce a análisis que operan evaluando la presencia/ausencia en una experiencia histórica concreta de un conjunto de rasgos determinados y previamente definidos como populistas (Melo 2014, 76). Por su parte, Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone habían resumido, algunos años antes, esta cuestión formulando las siguientes preguntas: "¿es [el populismo] un fenómeno histórico singular […]?; ¿o es una categoría analítica […]?; ¿o es un fenómeno histórico y una categoría analítica a la vez?" (Mackinnon y Petrone 2011, 15). En cualquier caso, lo cierto es que la discusión sobre el populismo, al menos en América Latina, ha tenido como eje el devenir del peronismo argentino, muchas veces decantando de este proceso ciertos rasgos básicos, los cuales supuestamente habría que buscar en otras experiencias históricas. Esto deviene en un lastre analítico evidente: buscar *qué tan peronista* es tal o cual proceso sociopolítico.

Así pues, en la primera parte del artículo, se revisita el vasto campo de los estudios sobre el populismo, haciendo hincapié en el vínculo entre dicho fenómeno y la crisis. El *corpus* de análisis está conformado por tres grandes conjuntos de investigaciones sobre el populismo. Por un lado, incluye a algunos de los trabajos sobre los populismos clásicos en América Latina durante el siglo xx, que Mackinnon y Petrone (2011) clasificaron en cuatro grandes grupos –los enfocados en una interpretación en clave del proceso de modernización, los de la línea histórico-estructural, los coyunturalistas y los abocados al análisis en clave del discurso ideológico–. El segundo conjunto abarca diversas investigaciones abocadas a los populismos de las décadas de los noventa latinoamericanos –los denominados neopopulismos–, y cuyos principales exponentes integran el referido volumen compilado por Mackinnon y Petrone, como Kenneth Roberts y Kurt Weyland, entre otros. Finalmente, el tercer conjunto de trabajos encuentra su punto de partida en el ya clásico escrito publicado en inglés en 2005 por Ernesto Laclau, *La razón populista*, e incluye a diversos/as autores/as que debaten con su teoría, para retomarla tanto crítica como laudatoriamente, en el contexto de los populismos de izquierda y derecha durante el primer cuarto del siglo xxi.

Se analiza dicho corpus prestando atención a un elemento puntual, a saber, el referido vínculo entre populismo y crisis. Los tres apartados que siguen buscan desentrañar los diferentes modos del desacople que presentan las investigaciones en cuestión: primero, el populismo como *producto* de la crisis; segundo, el populismo como vía política *productora de* crisis; luego, se explora la posible conjunción entre ambas claves de lecturas, a la luz de algunos estudios contemporáneos que han comenzado a navegar esta senda, una que revisa las reflexiones primigenias del vínculo populismo-crisis. Por último, y en diálogo con perspectivas más recientes, se extraen algunas conclusiones respecto a esa relación y se propone indagar si las distinciones entre falla estructural, dislocación y crisis resultan productivas a la hora de pensar la relación de esta última con el populismo.

1. PRESUPUESTOS INICIALES, ¿PRESUPUESTOS NORMATIVOS?

Los estudios sobre el populismo tienen siempre reservado un lugar para las crisis, pero existen divergencias sobre cuál es en cada caso. Por ejemplo, para Mackinnon y Petrone la crisis aparece como el momento en el que "todo salta por los aires" (2011, 44), por lo que la relación entre aquella y el populismo se presenta a todas luces obvia (casi autoevidente). Para los autores, las experiencias populistas emergen precisamente cuando *algo* que antes estaba en estado armónico se rompe, produciendo de ese modo un desencastre de elementos que estaban previamente acoplados y que, en un cierto momento, dejan de estarlo. Aquella situación de "normalidad" es la que permite definir, por contraste, el fenómeno populista; este no es más que la contrapartida de aquel estado armónico –"normal"– de cosas.

Pese a lo anterior, y como ya hemos advertido en otro lugar (Cané Pastorutti 2020), afirmar que una situación dada constituye una crisis no es una simple constatación de un estado de cosas, sino y sobre todo, la producción de un diagnóstico y el trazado de un pronóstico en una coyuntura concreta, que no hacen sino configurar un modo particular de definir lo que es común a una comunidad. Presentar una situación como *crítica* supone ofrecer (y también poner en disputa) un principio de lectura de lo comunitario, que opera como parámetro para delimitar los alcances de tres elementos: comprender "lo normal", construir una temporalidad (que anuda en el presente un pasado y un futuro con ciertas características) y, finalmente, orientar una cierta prognosis a futuro. De tal manera, estas características del significante "crisis" –que han sido extensamente analizadas en el ya clásico estudio de Reinhart Koselleck (1969)–, al articularse con el de "populismo", le imprimen a este último ciertos rasgos y límites conceptuales.[2]

Entonces, la explicitación de qué es exactamente esa crisis (qué es lo que entró en crisis, cuáles son sus causas, cómo debe ser conjurada) se vuelve un nudo problemático central para entender de qué se habla cuando se habla de populismo. Y esto porque el encastre "normal" de elementos al que referimos más arriba como la contrapartida del fenómeno populista, y con ello también su desacople, parecen traer aparejado un fuerte componente normativo. Así, el populismo parece no ser otra cosa que una anomalía, porque en su corazón habita "la crisis" como encarnación de lo anormal.

Sin embargo, la problematización del componente normativo de las definiciones conceptuales del populismo no ha sido ajena a la literatura sobre el tema. Dos trabajos de investigadores argentinos sobresalen al respecto: el de Julián Melo (2014) sobre los tiempos del populismo y el de Sebastián Barros (2014) sobre los *momentums* de dicho concepto. Por un lado, Melo destaca que la polisemia[3] del populismo no solo remite a un problema de desacuerdo académico, sino que constantemente reenvía a otros conceptos frente a los cuales el populismo es contrastado. De este modo, por ejemplo, desde mediados del siglo xx, y para pensar específicamente la experiencia política argentina del peronismo, el populismo fue pensado en relación tanto al fascismo como al totalitarismo. Así, autores como Gino Germani (1962) buscaron dar cuenta de la especificidad de la experiencia que el autor italoargentino denominó nacional-popu-

[2] Esto nos permite formular, por lo menos, dos interrogantes. Primero: ¿es la crisis una construcción doble, es decir, al mismo tiempo, de los actores sociopolíticos y –de manera menos evidente– de los analistas? ¿Funciona la crisis como criterio de referencia para actores y autores? De ser así, ¿no se vuelve crucial reponer las posibles tensiones y concordancias entre ambas para comprender "la crisis"?

[3] El autor nos señala un punto crucial sobre este aspecto: los recurrentes lamentos sobre la polisemia del concepto de populismo (que han llevado a autores como Roxborough (1984) a proponer, incluso, su abandono) tienen como contracara una ausencia de lamentaciones sobre la polisemia que habita las nociones de democracia, de república o de pluralismo. Así, estos parecieran ser términos menos vagos (Melo 2014) que el de populismo. Algo similar parece suceder con el concepto de crisis: lejos de entenderse como un concepto polémico-político neural en la configuración de las comunidades sociopolíticas contemporáneas, parece darse por sentado y presentarse con una autoevidencia naturalizadora, tanto teórica como políticamente.

lar en Argentina y en América Latina, distanciando al peronismo del nazi-fascismo. Dicho someramente, para Germani la secuencia para pensar el proceso peronista es la siguiente: 1) crisis de la sociedad tradicional, 2) recomposición –"totalitaria"– de dicha crisis y 3) caracterización de las múltiples consecuencias y corolarios de este tipo de experiencias.

Posteriores a la reflexión germaniana, Melo distingue otros dos abordajes, signados por nuevas diadas político-conceptuales en tensión: primero, la de populismo y socialismo y, luego, la de populismo y democracia. Para el autor, dichos abordajes han enarbolado estas diadas en términos de ruptura/continuidad, en relación a la emancipación, para la primera, y al establecimiento del régimen democrático, para la segunda. Ahora bien, estos tres "tiempos del populismo" de los que habla Melo (marcados por las tres diadas referidas) no solo remitieron –directa o tangencialmente– a la idea de crisis, sino que también construyeron lecturas que tendieron a caracterizar al populismo como una amenaza o un desvío respecto de un *deber ser* delineado por esos otros conceptos políticos contrastantes, esto es, fascismo/nazismo, socialismo y democracia.[4]

En una línea similar, Sebastián Barros (2014) identifica cuatro *momentums* en las lecturas ofrecidas por las ciencias sociales latinoamericanas en relación a los populismos. Para el autor argentino, un primer momento de indagación sobre el fenómeno en la región estuvo marcado por aquellos trabajos que lo pensaban como "efectos políticos de transformaciones estructurales" (Germani 1962; Di Tella 1965). El segundo se configuró con los que criticaron la propuesta analítica de esas perspectivas pioneras sobre la base de dos cuestionamientos: las críticas a la idea de manipulación de liderazgos carismáticos y al halo teleológico que comportaba el prisma conceptual de la diada tradicional/moderno, inspirada en el devenir histórico europeo (Barros 2014, 316). Paso siguiente, Barros identifica un tercer *momentum* que pensó al populismo como un "estilo" de liderazgo o como "actitudes políticas que rememoraban a los populismos clásicos" pero que, a diferencia de ellos, mostraba –en los últimos tres lustros del siglo xx– una vinculación particular con los procesos de reforma estructural que tuvieron lugar en gran parte de nuestro continente. Reconoce, finalmente, un cuarto momento que comprendió a diferentes procesos políticos de la región como reactualizaciones de los "populismos clásicos", ahora como respuesta al colapso del neoliberalismo en los albores de la presente centuria.

---

[4] Cabría preguntarse aquí si, siguiendo el argumento de Melo, no podríamos identificar en las últimas dos décadas un cuarto tiempo del populismo, en el que el concepto político que sirve de referencia contrastiva es el de *república*; ya sea para cuestionarlo, como en los trabajos de José Luis Villacañas (2015), o ya sea para reivindicarlo, como en los de Eduardo Rinesi (2015) y Rinesi y Muraca (2009). Como lo revela una somera mirada sobre los debates públicos, la disputa por los alcances de estos conceptos se viene desarrollando en forma nutrida en el ámbito académico latinoamericano y también en la escena pública en general. Lo anterior precisaría, es cierto, una indagación aparte a la que proponemos aquí. En este sentido, el trabajo de Sabrina Morán (2023) marca una agenda sumamente sugestiva sobre la vinculación entre populismo y república.

Barros afirma que en cada estudio sobre el populismo es posible identificar un *baremo*, es decir, "una construcción teórica o una reconstrucción de un determinado proceso histórico que funciona como un cuadro de desenvolvimiento general con el cual se contrasta el objeto de investigación" (Barros 2014, 325). Ya sea en relación a (ciertas definiciones del) fascismo, el socialismo y la democracia –en la temporalización ofrecida por Melo–, o ya sea respecto a ciertos modos de comprender el vínculo entre las clases trabajadoras y los partidos políticos (Barros 2014, 324), el populismo es siempre definido conceptualmente por su colocación en una *escala normativa* cuyos componentes no siempre son puestos en evidencia por el análisis.

En este orden de ideas, además de evaluar los "daños y beneficios" del fenómeno y de resaltar los "desvíos" de las experiencias a analizar, las explicaciones sobre el populismo suponen también otro punto de partida: la reflexión analítica de las condiciones (sean subjetivas, estructurales, coyunturales, etc.) que permitieron la emergencia de este fenómeno, especialmente en América Latina. Es aquí donde la cuestión de la crisis emerge como pivote explicativo, casi autoevidente, del populismo. Los "tiempos" de Melo y los "*momentums*" de Barros remiten, pues, a los modos en que ha sido abordado el populismo y ofrecen clasificaciones que comparten una perspectiva cronológico-conceptual. Sin embargo, la ubicuidad de la "crisis" se revela como un punto de continuidad insoslayable que obliga a pensar que la existencia de momentos críticos es *transversal* a las taxonomías presentadas por aquellos autores. Es que, ¿qué dice esa condición crítica, excepcional, del populismo? En esa transversalidad, ¿cuáles son las claves de lectura ofrecidas por la literatura respecto a la relación que constatan entre populismo y crisis? A continuación, se revisarán dos perspectivas que ofrecen lecturas contrapuestas: una que ve en el populismo un *producto* de una crisis, y otra que vislumbra de dicho proceso una vía política que *produce* crisis.

2. TIPOS DE VÍNCULO ENTRE POPULISMO Y CRISIS

2.1. Populismo como producto de la crisis

Dentro de este primer conjunto de trabajos, encontramos una caracterización del populismo como un fenómeno que surge de la "tierra fértil" que la crisis ofrece (Roberts 2017). Tanto las investigaciones de Gino Germani (1962) y Torcuato Di Tella (1965) –para mediados del siglo xx–, como la reposición clasificatoria de Mackinnon y Petrone (2011) y los escritos de Kenneth Roberts (2011) y Kurt Weyland (2004) –más enfocados en las formas del denominado neopopulismo de fines de aquel siglo–, conceptualizan a los populismos como derivados de momentos críticos particulares.

Un trabajo fundante de este tipo de enfoques es el apartado inaugural del célebre texto de Germani "La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo" de 1956. Allí el autor diagnostica para su época una "crisis total que se [extendía] a todos los aspectos de la vida, en el orden personal y colectivo" (Germani 1962, 310). Y luego

de aclarar que su afirmación podía parecer un lugar común, agregaba que dicha crisis no debía entenderse de manera pesimista, sino que remitía justamente al momento en el que él estaba escribiendo: aquel era –afirma Germani– "un periodo de cambios rápidos, radicales, en una vertiginosa transformación" de "las circunstancias que nos rodean" y de las formas "de pensar y de sentir", cuyas consecuencias son múltiples (311).

Germani diseccciona aquella crisis en varios registros –económico, internacional y moral–, aunque finalmente decanta sus reflexiones en la crisis de "lo político": las instituciones creadas en el siglo XVIII y XIX no aplicaban más al contexto de mediados del XX, en el que las masas "ya no están excluidas del ejercicio del poder político" o, al menos, "ya no quieren estarlo" (313). Considera, entonces, que el problema de la integración de las masas a la vida política resume "todos los demás aspectos" de las crisis anteriores, y que dicho inconveniente "es central del período histórico que atraviesa nuestro país, además de ser también un problema universal" (313).

¿Cuál podría ser la solución a este problema, manifiesto en la Argentina de mediados de siglo XX, aunque también de orden global? Un año después del derrocamiento de Juan Domingo Perón, Germani hace un llamado al cultivo de los valores democráticos y a la participación en las masas. Sin embargo, lo sugestivo de este texto seminal es su reflexión acerca de las "pseudosoluciones" a esta gran crisis política que atravesaba el mundo; soluciones artificiosas, a las que él denomina "totalitarias". Desde su perspectiva, el totalitarismo "utiliza un *ersatz* [*sucedáneo*] de participación, crea la ilusión de que *ahora* son ellas [las masas] el elemento decisivo, el sujeto activo, en la dirección de la cosa pública"; luego de este engaño viene, por supuesto, la aplicación exitosa de los "mecanismos de neutralización" de esas masas (319; el resaltado es del original).

Desde esta perspectiva, el fascismo y el nazismo solo pueden comprenderse cabalmente teniendo en consideración el rol de las clases medias en una crisis generalizada que implicaba procesar cambios fuertes en "un lapso demasiado reducido" de tiempo; lo intempestivo de este proceso, sostenía Germani, no les dejó a esas clases la posibilidad de "lograr […] reajustes graduales" por medio de "reemplazos generacionales", acorde al "proceso habitual para épocas menos críticas" (328). Con este *baremo* como referencia (el de las "épocas menos críticas"), Germani entendía el peronismo como efecto de la urgencia de las "clases populares" por integrarse social y políticamente. Así pues, en un contexto de reciente urbanización y sin las herramientas suficientes para darse a sí mismas un rol autónomo en la vida nacional, las masas trabajadoras encararon ese proceso de integración en forma heterónoma, esto es, a través de la figura de "el dictador" (*i.e.* Perón).

Dicho en los términos que interesan para este trabajo, el populismo –en su variante argentina de mediados del siglo XX– es caracterizado por Germani como un derivado de la crisis generalizada que signó el periodo. Como tal, comportaba un carácter paradójico: era inevitable porque ofrecía los medios para integrar a las masas a la vida política, pero, al mismo tiempo, era equívoco, ya que dicha integración se había producido a través de la "subversión institucional, moral y económica". En resumen, en Argentina las cosas no habían resultado *como debían* (es decir, con una integración gradual como

se dio con el laborismo inglés). Por ende, según Germani lo "nacional popular" (310) aparece necesariamente asociado a la crisis, en tanto forma espuria de solución; condición esta que efectivamente se sostiene sobre un *baremo* teleológico: la participación genuina de las masas (319) y el "camino de la educación democrática" (335). En este esquema, la crisis funciona como un presupuesto inocultable y vinculado a la disyuntiva entre las soluciones esbozadas, pero no toda crisis implica una salida populista.

Esta clave de lectura germaniana del populismo como *producto* de la crisis ha dejado su huella imborrable en la literatura sobre el tema, desde investigaciones abocadas a estudios de caso de todas las latitudes, hasta otras más en clave repositiva. Este último es el caso de Mackinnon y Petrone (2011), en cuyo trabajo proponen una caracterización "afirmativa" del fenómeno a partir de una "articulación de rasgos", específicamente de tres: "a) la crisis como condición de emergencia; b) la experiencia de participación como sustento de la movilización popular; y, c) el carácter ambiguo de los movimientos populistas" (43-44). Sobre el primer rasgo dicen los autores –con una argumentación, por cierto, muy similar a la de Germani–:

> desde el plano de las condiciones de emergencia […] cuando se despliegan situaciones vertiginosas de gran fluidez política y social con inestabilidad, cambio, problemas de incorporación, etc., *aparecen los grandes articuladores* integrando a las masas, introduciendo cambios que rearticulan el sistema político y el funcionamiento del Estado, disminuyendo las zonas de incertidumbre colectivas provocadas por las coyunturas de cambio a través de *su estilo personalizado y plebiscitario* de gestión del poder político (Mackinnon y Petrone 2011, 44; el resaltado es nuestro).

El extenso trabajo comparativo que realizan estos autores va un paso más allá respecto a las conclusiones de Germani: si no toda crisis implica que de allí emerjan experiencias populistas, estas últimas –en cambio– son impensadas sin un contexto de cambio radical y de crisis.

De esta manera, por ejemplo, se pueden incluso hallar ciertas analogías entre esta reposición analítica ofrecida por Mackinnon y Petrone, la lectura estructural-funcionalista de Germani y la ya clásica propuesta de Ernesto Laclau.[5] Al final de su célebre *La Razón populista*, el autor afirma –a propósito de "la saga del populismo"– que "cierto grado de crisis de la antigua estructura es *necesaria como precondición del populismo*", y agrega categóricamente: "[s]in la crisis de la Cuarta República como resultado de la guerra de Argelia, la convocatoria de De Gaulle hubiera sido tan desatendida como en 1946. Y sin la erosión progresiva del sistema oligárquico en la Argentina de la década de 1930, el surgimiento de Perón hubiera sido impensable" (Laclau 2005, 222) [el resaltado es nuestro]. Más adelante asevera, incluso, que la recomposición de las fuerzas conservadoras italianas, a fines de los años ochenta del siglo xx, se debió a

[5] En el apartado final de este trabajo veremos la discusión que ha suscitado la aproximación "externalista" de la crisis –de una crisis *previa y externa* al populismo– presente en las reflexiones más recientes de Laclau (2005).

que "hubo una crisis de representación que condujo a la desaparición de toda la élite dominante" (232).

Resulta evidente que, a pesar de partir de posturas analíticas radicalmente diferentes –la distancia entre Germani, Mackinnon y Petrone y Laclau en términos teóricos es incontestable–, la descripción de la crisis como condición previa necesaria a la emergencia de los populismos parece variar poco, especialmente a la hora de contrastar los postulados analíticos con los casos históricos a indagar. Así, pareciera que todos estos autores no se distancian demasiado a la hora de explicar las causas y los orígenes de las experiencias populistas: en todos los casos, "la crisis" aparece como un precedente necesario.

En resumen, en las tres perspectivas analizadas,[6] el desacople se da entre dos componentes que –como suponen estos trabajos– *deberían* estar encastrados de un cierto modo y con cierto grado de correspondencia: la política (el sistema político representativo en Germani, el poder político en Mackinnon y Petrone, los políticos y los representantes en el modelo de Laclau) y la sociedad (las masas en el primer caso, los ciudadanos en el tercero y los grupos sociales en el último).

Resulta ahora pertinente analizar el camino inverso: ¿qué sucede cuando el populismo es pensado como previo y, más aún, como generador de la crisis?

2.2. Populismo como productor de crisis

Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser (2019) –quizás los nombres más citados en los estudios sobre el populismo en la última década– han revisitado la literatura en aras de dar cuenta del rol que tienen los actores populistas en la producción de la crisis. Afirman al respecto:

> […] los actores populistas no son solo un desafortunado producto de su entorno; *participan más activamente en la creación de un terreno fértil*. En concreto, los *populistas no escatiman esfuerzos a la hora de crear una sensación de crisis*. (…) En otras palabras, el hecho de que los actores populistas triunfen en clave de fuerza electoral, fijación de agendas o impacto político, está muy ligado a su habilidad para desarrollar *un relato de crisis creíble*. Esto también es importante por otra razón: al crear un sentimiento de crisis, los populistas imprimen urgencia e importancia a su mensaje (Mudde y Rovira Kaltwasser 2019, 129; el resaltado es nuestro).

[6] Por agregar solo un caso más, podemos referir la conceptualización de Kenneth Roberts, para quien "las olas populistas deberían, entonces, suceder durante períodos de crisis institucionales, ruptura o transición; en los que las instituciones políticas establecidas pierden la capacidad de contener o canalizar la movilización política popular. […] La combinación de la crisis económica y las reformas debilitaron los partidos de masa y las organizaciones laborales de la época de la ISI, abrieron el espacio político para *outsiders* y figuras populistas que apelaban directamente a masas no organizadas" (Roberts 2008, 57). Aquí, también, el desacople se produce entre masas e instituciones políticas que, se presupone, deberían corresponderse de modo de evitar el surgimiento de *outsiders* y figuras populistas.

Estos autores advierten la capacidad productiva, el rol activo de los líderes populistas en la construcción de un "terreno fértil" de crisis. Aquí, por un lado, se produce una suerte de inversión en el vínculo entre crisis y populismo que se revisó previamente: en este esquema, los líderes no surgen simplemente de un campo sociopolítico desacoplado, sino que "participan más activamente" en la creación de una sensación o percepción de crisis para ese campo. Por el otro, como es evidente, el análisis parece enfocarse más en las figuras populistas ("actores" o líderes); son ellos quienes tienen la capacidad creativa –vía un estilo y un discurso asociados a la persona de un líder– necesaria para configurar el "terreno fértil" para la crisis, y no a la inversa. De este modo, no se trata de una recomposición necesaria en una –parafraseando a Germani– "época crítica", sino que lo específico del populismo, y más puntualmente, de "los actores populistas", es la capacidad de *producir* y de crear la crisis misma.

Para Mudde y Rovira Kaltwasser, el antielitismo (plasmado en el enfrentamiento pueblo-élite) que le atribuyen al populismo estaría acompañado por "una crítica a instituciones como partidos políticos, grandes organizaciones y burocracias, que son acusadas de distorsionar los "sinceros" vínculos entre los líderes populistas y la gente común" (26). Así, el desacople que propende el populismo es, entonces, uno que se da entre esas instituciones y "la gente común"; un desacople, característico del "sentimiento de crisis", que es creado y alimentado por el protagonismo de los líderes populistas, en detrimento del rol de los partidos políticos y otras organizaciones intermedias. Aquí también se presupone que aquello que entra en crisis es el vínculo entre un cierto tipo de instituciones (para Mudde y Kaltwasser, las de la democracia liberal) y la ciudadanía.

Frente al argumento anterior, se puede rastrear también esta clave de lectura en investigaciones recientes y que adhieren al *mainstream* politológico a la hora de pensar los populismos. En el capítulo 14 del *Oxford Handbook of Populism*, Madeleine Read, Teun Pauwels y Kirk Hawkins –desde lo que ellos mismos llaman "enfoque ideacional", muy cercano también al de Mudde y Rovira Kaltwasser– definen al populismo como "un discurso maniqueo" y como una "ideología de núcleo delgado" [*thin-centered ideology*] que establece "una lucha entre la voluntad del pueblo común contra una élite conspirativa" (Hawkins, Read y Pauwels 2017, 342).[7] Aquí también esta definición supone una pregunta por las causas del populismo: "en vez de ser una respuesta puramente material a intereses, el populismo es una respuesta normativa frente a una *percibida crisis* de la legitimidad democrática" (342; el resaltado es nuestro).

Para sostener esta aserción, los tres autores cuestionan las perspectivas existentes sobre las causas del populismo, especialmente dos de ellas. La primera es "la tesis de la sociedad de masas", que considera al fenómeno populista como producto de una crisis de las identidades populares que es aprovechada por un líder carismático para articular un pueblo amplio, no vinculado con una pertenencia clara de clase. La segunda, en contraste, es "la tesis económica" que sostiene que, si bien es cierto que el tránsito

[7] La traducción de todas las citas de este texto es nuestra.

entre sociedades (de una industrial a otra postindustrial, por ejemplo) fragmenta el tejido social, la relación entre ciudadanos y políticos sigue estando atravesada por la maximización de intereses propios. Así, en esta segunda tesis, la emergencia del populismo aparece como producto de "una falla" en la oferta política a la hora de brindar soluciones a momentos de zozobra socioeconómica.

Frente a estas dos perspectivas, el enfoque ideacional de Hawkins, Read y Pauwels entiende que el fenómeno populista consiste en poner en circulación un cierto "*set* o tipos de ideas", no ya ideologías, sino "actitudes" que pueden ser eventualmente "activadas". Se considera que estas ideas permanecen por lo general "latentes" (352) y que es solo en contextos puntuales donde pueden tomar consistencia en los ciudadanos: en el "mundo en desarrollo", endilgando culpas a los políticos tradicionales de ser corruptos; o "en los países desarrollados", denunciando las brechas en la representación democrática, cuando los líderes de los partidos restringen la autonomía de sus decisiones por compromisos extra o internacionales (353). De tal manera, concluyen, la emergencia del populismo está estrechamente ligada a una concepción de la política que privilegia la voluntad popular y, por consiguiente, permite construir unas ciertas ideas y actitudes respecto a esa "falla", una crisis de la experiencia democrática. Así pues, es en el momento en el que se construye esa experiencia de una instancia crítica, a partir de una serie de ideas y de concepciones del mundo específicas, que el populismo despliega (o, según sus propios términos, "activa") las actitudes latentes sobre las que se sostiene.

De igual manera, y en diálogo con esta clave de lectura, María Esperanza Casullo refrenda la complejidad de la relación entre los populismos y los contextos de crisis al caracterizar a estos últimos como procesos de "rápido descenso del bienestar económico y [de] pérdida de legitimidad de los partidos políticos establecidos" (Casullo 2021, 183). Sin embargo, estas coyunturas no son suficientes para explicar la emergencia del fenómeno. Según la autora argentina, es necesario darles a dichos contextos una inteligibilidad política puntual. Entran aquí en escena, nuevamente, "los políticos populistas", puesto que ellos "son muy buenos para *crear* situaciones que generan "sensaciones" de crisis" (187).

Una vez más, la crisis aparece aquí no tanto como condición, sino y, sobre todo, como producto de un discurso que ofrece un relato mítico puntual, que para Casullo identifica un héroe, un villano y un daño.[8] De esta manera, el "mito populista" no es ficcional porque está anclado en "situaciones reales" (70). Las crisis jugarían aquí un rol crucial: en momentos de aumento de la incertidumbre, el "mito populista" se vuelve más atractivo y potente (187), no solamente por la situación misma, sino porque los propios líderes políticos tienden a "crear situaciones" donde priman "sensaciones de crisis" que favorecen su propio liderazgo y les permiten construir una cierta legitimidad. De ahí, afirma Casullo, que los populistas no pretendan nunca superar esos momentos críticos.

[8] Para la autora, el héroe, el villano y el daño remiten directamente a la construcción antagónica del pueblo y del antipueblo.

Finalmente, sobre este vínculo entre crisis y populismo, el historiador y filósofo español José Luis Villacañas sostiene lo siguiente:

> En lugar de usar el poder para superar la crisis y recomponer la atención a demandas parciales, [el populismo] *usa el poder para perpetuar la crisis institucional*, generando en la formación del pueblo el muro de contención del *desorden que él mismo ayuda a mantener* (Villacañas 2015, 66; el resaltado es nuestro).

Junto con las anteriores, hay en esta clave de lectura del populismo en tanto productor de crisis ciertos presupuestos compartidos: un modo específico de conceptualización de los sujetos políticos (enfocado más en sus intenciones que en los efectos), y del discurso y de las ideas (como *sets* absolutamente disponibles para esos sujetos y manipulables en base a esas intenciones), que conduce en gran medida a pensar el populismo como mera estrategia.[9] Es precisamente ese enfoque sobre el que se sostiene la concepción de dicho proceso como *productor* de crisis (y no como mero resultado de ella).

Y es que en estos abordajes, el populismo –y su producción sempiterna de la crisis– aparece como una estrategia política posible dentro de otras tantas de las cuales pueden echar mano a voluntad los actores políticos (el líder, principalmente). Para aquellas perspectivas, la mirada está enfocada en la intención que da origen a los discursos políticos, entendiendo a estos últimos como mensajes con objetivos mentados y con resultados mensurables (Montero 2021). Solo si se comprenden a los discursos y a las ideas exclusivamente como *sets* de elementos a disposición de la voluntad de los actores, y no como terreno de disputas que entablan múltiples sujetos que son productores y productos de los discursos, es que podemos pensar al populismo principalmente como estrategia *creadora* de crisis.

En síntesis, este enfoque desemboca en un círculo vicioso del vínculo populismo-crisis: el populismo puede surgir de una coyuntura crítica (de crisis de representación de los partidos políticos, migratoria, financiera, etc.), pero, en definitiva, es el líder populista el actor privilegiado de una estrategia –mentada para la obtención y el mantenimiento del propio poder– en la que la reproducción de la crisis (o la sensación de la misma) juega un rol primordial. Queda claro en esta perspectiva, entonces, que la crisis es uno de los elementos centrales del populismo. Pero, cabe preguntar: ¿cuál es la textura del vínculo entre ambas variables?; ¿qué diferencia a la crisis que produce el líder populista de otros tipos de crisis?

2.3. Actuar la crisis y la dislocación constitutiva de lo social

Un autor que intenta responder las anteriores preguntas y que reconoce el doble carácter del populismo (como producto y como productor de crisis) es Benjamin Moffitt

[9] Una estrategia que, en el caso de Villacañas, es a la vez práctica y teórica: el populismo es "una teoría sobre el ser social y sobre el ser humano. Por supuesto, también dispone de una teoría del lenguaje" (Villacañas 2015, 12); como tal, "es la teoría política que pone todo su énfasis en la construcción del pueblo. "Pero lo decisivo es que el populismo asume como principal objetivo el mantener las condiciones de posibilidad de las que brotó" (64).

(2015). Enfocado en la literatura más contemporánea sobre el tema, Moffitt propone una visión alternativa a la que define como reinante, según la cual entre populismo y crisis existiría una relación causal, y en donde la segunda funciona como un "desencadenante [*trigger*] externo" o como una precondición necesaria del primero. Sin dejar de reconocer el rol de la crisis "como desencadenante del populismo", advierte que es preciso "pensar también cómo el populismo intenta actuar como un desencadenante de la crisis" (Moffitt 2015, 190).[10]

Según Moffitt, el enfoque causal crisis-populismo prefigura un vínculo de "pura externalidad" entre ambos procesos que no permite dar cuenta de un aspecto clave de aquellas: las crisis "no son nunca fenómenos 'neutrales', sino que deben ser mediados y 'actuados' [*performed*] por ciertos actores" (190).[11] En contraposición a esta perspectiva de "pura externalidad", Moffitt invita a pensar la crisis como "una característica interna al populismo". Por ende, aquella ya no puede ser abordada como un fenómeno neutral y objetivo, sino como uno siempre "actuado [*performed*], y social y culturalmente experimentado" (195).

Para presentar dicha relación como interna,[12] Moffitt realiza dos movimientos argumentativos. En cuanto a la crisis, propone distinguirla de una "falla" [*failure*] sistémica. Y, en relación al populismo, ofrece un modelo de siete pasos que define como los característicos del "modelo de la actuación [*performance*] populista de la crisis": identificación de la falla; elevación de la misma al nivel de crisis; enmarcación de "el pueblo" *versus* los responsables de la crisis; utilización de los medios de comunicación para difundir esta actuación; presentación de soluciones simples y un liderazgo fuerte; y finalmente, promoción continua de la crisis.

Resulta evidente que Moffitt realiza un aporte sustantivo a la discusión teórica que la presente indagación quiere sostener, pues pone en el centro de la escena la cualidad de *constructo* de la crisis: esta *no es* hasta que no es actuada, significada, como tal. Sin embargo, para el autor australiano esa construcción no deja de ser igualmente un producto intencional de los "actores populistas", que son quienes actúan y perpetúan –voluntaria y, sobre todo, eficazmente– una cierta "sensación de crisis" en el campo sociopolítico.[13]

---

[10] La traducción de todas las citas de este texto es nuestra. Es importante aclarar que Moffitt distingue distintos tipos de crisis (como actuación [*performance*] populista de la crisis, por un lado, y como la política de la crisis [*crisis politics*], por el otro). Ahora bien, traducimos aquí *performance* por "actuación" y no por "puesta en escena" para reflejar la centralidad que allí Moffitt le atribuye al actor (populista). Buscamos así marcar la distancia que, creemos, puede establecerse entre este abordaje y el de lo performativo como lo entiende, por caso, Judith Butler (2018).

[11] En el apartado final de este trabajo veremos la discusión que ha suscitado la aproximación "externalista" de la crisis –de una crisis *previa y externa* al populismo– presente en las reflexiones más recientes de Laclau (2005).

[12] Esta perspectiva que ve al populismo como algo intrínseco de otros procesos políticos ya ha sido resaltado por autores como Panizza (2005) y Arditi (2004). Es importante destacar que en años recientes Arditi (2024) ha terminado por criticar el uso del concepto populismo como tal.

[13] En su más reciente libro, Moffitt (2020) define su abordaje como "discursivo-performativo" para destacar que el populismo no es necesariamente antipluralista y para advertir que puede tomar la forma de un líder, un movimiento o un partido. Resulta llamativo, sin embargo, que en dicho escrito la cuestión de la crisis esté prácticamente ausente del planteo general que ofrece sobre el concepto de populismo.

Incluso los "siete pasos" de la *performance* populista dan cuenta de esta reducción por parte de Moffitt: es el actor populista quien identifica la falla, quien presenta soluciones simples, quien perpetúa la crisis, etc. Si los actores populistas son quienes actúan la crisis y ella es interna al populismo, este último se reduce a aquellos: el populismo *es* los populistas.

De este modo, la crisis no puede ser captada analíticamente como el resultado complejo y discorde de una multiplicidad de sujetos que disputan por definir sus contornos, sino como el resultado de la intención manifiesta de unos actores populistas que activamente determinan su curso. En palabras del autor: "es evidente el modo en que los actores populistas *usan* la crisis para atacar e intentar simplificar el sistema político existente, que es percibido como pervertido o corrupto" (Moffitt 2015, 206; el resaltado es nuestro).

Ahora bien, el abordaje de Moffitt trae aparejadas dos cuestiones analíticas problemáticas. Por un lado, mantiene cierta indefinición conceptual de la crisis, pues no deja de ser entendida como "un fenómeno controversial que carece de contornos claros y definidos" (194). Por el otro, y en cuanto a la asimilación entre populismo y actor populista, el primero queda reducido a siete pasos que pone en acto el segundo. Entre ambas consecuencias se cuela una tercera: Moffitt concluye que la centralidad del pueblo y la necesidad de perpetuar la crisis son las dos características que distinguen a la crisis populista, ya que precisa de la "espectacularización de la falla", del dramatismo y de la sagacidad (197 y 203). En contraposición al tipo de gestión populista de la crisis, existiría entonces otro tipo, denominado por el autor como "la política de crisis" [*crisis politics*]. Esta última y la actuación populista de la crisis se diferencian –casi apriorística y, sin lugar a dudas, normativamente– por su forma: mientras la primera tiene un modo no espectacularizado, sobrio e imparcial (203), la forma populista es presentada como lo contrario: espectacularizada, exagerada, arbitraria. Pero también podrían distinguirse por su contenido, dado que –según Moffitt– "la política de crisis" [*crisis politics*] es definida como aquella que se pone en práctica para encarar una "crisis de gran escala", es decir, desastres naturales, ataques terroristas y la "respuesta y adaptación a crisis financieras" (208), dedicándose así a establecer soluciones efectivas para toda clase de infortunios.[14]

Está claro que, si llevamos el argumento del autor al extremo, cualquier falla puede devenir crisis, incluso una "simple" crisis financiera o de deuda (como lo evidencian la crisis argentina de 2001 y la griega de principios de siglo XXI). Pero si lo crucial para distinguir los dos modos de gestionar las crisis es la búsqueda, "descarada" o no, de perpetuarla por parte del actor político (209), deberíamos considerar que lo específico

[14] Esta caracterización de Moffitt supone una cierta aprehensión analítica a las *intenciones* de los actores políticos: desde esta óptica parece poder saberse cuándo un líder quiere o no solucionar *verdaderamente* una crisis. Pero, ¿cómo se puede acceder a este conocimiento empíricamente? ¿Es posible saber realmente si un líder político desea resolver situaciones críticas o perpetuarlas? En este punto, la distinción entre intenciones y efectos resulta crucial y su consideración introduce dificultades conceptuales insoslayables para este tipo de abordajes.

del populismo –o, para Moffitt, de los actores populistas– no es ya la producción de crisis, sino su reproducción.

Desde un enfoque teórico diferente, Stavrakakis, Katsambekis, Kioupkiolis, Nikisianis, Nikos y Siomos (Stavrakakis *et al.* 2017)[15] reactualizan el debate planteado por Moffitt a la luz de nuevos conceptos. Para los autores griegos, efectivamente existe una primera serie de aproximaciones académicas a la relación entre crisis y populismo que remite a un vínculo entre un fenómeno previo (la crisis) y su corolario (el proceso populista). Este tipo de perspectiva, en dos tiempos y que ve a las crisis como un mecanismo desencadenante [*triggering mechanism*] del populismo, tiende a vincular a este último con un tipo de crisis particular, a saber, la de la representación: ausencia de partidos políticos tradicionales y estables, emergencia de liderazgos carismáticos con agrupaciones constituidas de manera verticalista por aquellos, desorganización intrínseca de sus seguidores, etc. (Roberts 2015).[16] En este sentido, Stavrakakis *et al.* (2017) consideran acertada la crítica planteada en el ya citado trabajo de Moffitt a este tipo de lectura simplista del vínculo crisis-populismo, y destacan que el trabajo de Colin Hay (1995; 1999) abre una senda analítica que conduce a distinguir las "fallas" sistémicas de las "crisis". Dicha distinción les parece productiva a la hora de "destacar la importancia de los mecanismos de mediación, más allá de las condiciones 'objetivas'" preexistentes y críticas, habilitantes de procesos populistas (Stavrakakis *et al*. 2017, 7).[17]

Ahora, si bien es cierto que Stavrakakis *et al.* concuerdan con las críticas realizadas por Moffitt a las caracterizaciones "externalistas" al momento de pensar el vínculo entre populismo y crisis, no creen –como el autor australiano– que Laclau pueda ser incluido en este tipo de abordajes. Sin discutir que en varios pasajes de *La razón populista* el teórico argentino efectivamente enfatizó una lectura de dos tiempos entre crisis y populismo[18], los autores griegos consideran que es un error teórico de Moffitt considerar a Laclau como un pensador que concibe al momento *crítico* como "precondición necesaria (o, al menos, extremadamente conducente) a la emergencia del populismo" (Moffitt 2015, 192). De hecho, este tipo de clasificación omitiría dos cuestiones: primero, la perspectiva fuertemente constructivista del discurso que caracterizó a Laclau desde, al menos, mediados de los años ochenta de la centuria pasada; y segundo, la influencia que el Real lacaniano tuvo en la última etapa de su teorización. En efecto, ya desde 1990, Laclau (2000) había integrado a su marco conceptual la categoría de *dislocación* para caracterizar el momento de "falla y subversión" de un sistema general de representación; lo anterior, ciertamente, supone hablar de una negatividad inscrita en todo espacio social (lo Real), que solo es accesible a través de la mediación, esto es, por medio de lo Simbólico (Stavrakakis *et al*. 2017, 8).

---

15 La traducción de todas las citas de este texto es nuestra.

16 Para una crítica de este vínculo explicativo entre populismo y crisis de representación, enarbolando una contraposición entre el primero respecto al pluralismo y la democracia, ver el ensayo de Jan Werner Müller (2016).

17 La traducción de todas las citas de este artículo es de nuestra autoría.

18 Pasajes ya referidos en el primer apartado de este trabajo.

En suma, la crítica de Stavrakakis *et al.* a Moffitt no radica tanto en su distinción entre "falla" y crisis sino, más bien, en la dificultad que presenta la perspectiva de este último para pensar una lectura más en clave "coreográfica" (9) de ambos fenómenos. Dicho de otro modo: para los académicos griegos los dos primeros pasos descritos por Moffitt para analizar la forma en que los populismos "actúan" la crisis (primero, identificando la "falla"; luego, otorgándole sentido, *actuándola* en tanto crisis) son indistinguibles empíricamente. Ellos, en cambio, consideran necesario realizar una lectura de las "fallas sistémicas (lo Real) y [de] las construcciones de la crisis (lo Simbólico) […] registrando *en simultáneo* la irreductible dialéctica entre ambas" (18; el resaltado es nuestro).

En la indagación de Stavrakakis *et al.* se concluyen al menos tres cuestiones generales sobre la diada populismo-crisis. En primer lugar, una profunda dislocación económica y social es un punto de partida "necesario *aunque insuficiente*" para la emergencia del populismo. En segundo lugar, cuando la dislocación es identificada como "crisis", ello implica una narración en la que se atribuyen culpas tanto a causas particulares (*e.g.* factores económicos) como a los agentes a nivel representativo que las provocan (*e.g.* construir la crisis culpando al "*establishment*"). Y, en tercer lugar, al tiempo que se realiza esta inculpación de los responsables, se articulan también las víctimas de la crisis –los excluidos, los muchos, los empobrecidos, el *underdog*– en el nombre de "pueblo" (19). En definitiva, la crítica de Stavrakakis y sus colegas hace hincapié no solo en la necesidad y la vigencia de la reflexión sobre la crisis y el populismo, sino que también destaca la simplificación que hace Moffitt de las reflexiones de Laclau,[19] para resaltar la cercanía analítica que tiene el enfoque del argentino con aquellos que piensan al populismo simplemente como un modo de *performance* de la crisis.

Pese a todo esto, es evidente que la respuesta a la pregunta por la textura y las características de la crisis queda, de algún modo, sin resolver en ambos trabajos. En efecto, tanto para Moffitt como para Stavrakakis *et al.* la crisis parece remitir a una falla estructural. Sin embargo, los autores griegos establecen ciertos reparos ante la lectura de Moffitt, advirtiendo que este no subraya lo suficiente "el vínculo inherente entre ambas dimensiones" (*i.e.* falla y crisis). Este señalamiento es presentado por Stavrakakis *et al.* al poner en el centro del argumento a la noción laclausiana de dislocación, entendida como "el límite (inherente) de la objetividad social (socialmente construida), [como] el momento de falla que rompe con nuestra realidad establecida y abre al juego antagonista entre articulaciones discursivas en competencia que luchan por imponer una nueva hegemonía" (Stavrakakis *et al.* 2017, 6). Como tal, entonces, la dislocación posee una negatividad destructiva de lo vigente y una positividad productiva de lo nuevo; es este doble carácter el que permite a los pensadores griegos reunir falla y crisis, separadas analíticamente en las reflexiones de Moffitt. Pero yendo un paso más allá,

[19] Simplificación que, como ya mencionamos, realiza el propio Laclau cuando aborda empíricamente la lógica política populista, especialmente en *La razón populista*. Sobre esta problemática en la obra del autor argentino, remitimos al itinerario teórico realizado por Melo y Aboy Carlés (2014).

con un argumento que se presenta como afín al de Laclau, Stravakakis *et al.* entienden la falla en términos del Real lacaniano, poniendo de manifiesto que la objetividad o plenitud social no existe (Laclau 2000, 94-95), y que lo social tiene un carácter inherentemente fallado.

Ahora bien, esta idea parece remitir más al carácter barrado de toda comunidad y no tanto a, por ejemplo, los momentos específicos en los que los discursos circulantes dejan de ser explicativos de la realidad o cuando empiezan a no poder darle un sentido (que sea considerado como) legítimo. Esto nos abre a dos cuestiones problemáticas. Por un lado, asimilar directamente falla estructural y crisis –como parecen proponer Stavrakakis *et al*.– supone reenviar esta última a un reducto ontológico, lo que nos conduce a verla en todas partes (o, lo que es lo mismo: a no verla en ningún lado). Por el otro, si la diada falla-crisis resulta completamente pertinente para entender la construcción de sentidos que supone la configuración de un momento crítico, esto empero no deja en claro la cuestión temporal en la emergencia de dichos momentos en toda comunidad política. Es decir, ¿cuándo un discurso deja de otorgar sentidos considerados legítimos? ¿Cuándo y cómo sabemos que estamos efectivamente ante la "elevación" (Moffitt 2015, 197) de la falla a crisis? La respuesta a estos interrogantes parece común a ambas perspectivas: es solo en los casos empíricos, en un nivel que podríamos definir –con Stavrakakis– como óntico, donde podemos encontrar a "la crisis" como tal.

La discusión establecida por Moffitt y Stavrakakis *et al*., sin lugar a dudas, expande el campo problemático sobre la relación entre populismo y crisis, al establecer una disquisición que remite más a la construcción de sentidos de aquello que comúnmente circula en la discursividad social, política y académica como "crisis". No obstante, pensar en un subnivel de la crisis (la falla sistémica) pone en evidencia una constatación aún mayor para la reflexión hasta aquí propuesta: si la crisis es constitutiva del populismo y, a su vez, también lo es de toda construcción comunitaria, entonces ni la crisis ni el populismo pueden seguir siendo pensadas como procesos excepcionales.

A MODO DE CONCLUSIÓN. CRISIS Y POPULISMO, UNA RELACIÓN PERDURABLE

El recorrido de este artículo tuvo como punto de partida una constatación que salta a la luz apenas se recorre la literatura sobre populismo: siempre que se habla de populismo, se habla de crisis. Encontramos allí que los esfuerzos de teorización se han dirigido casi exclusivamente a dilucidar los ribetes del fenómeno populista, dejando la conceptualización sobre la crisis muy en un segundo plano a pesar de la centralidad que se le atribuye. Así, ella se da por sentada y sus contornos conceptuales permanecen difusos, lo que se convierte en un problema teórico-conceptual, pues si la crisis es constitutiva de la forma política populista, hay algo en la primera que puede echar luz sobre la segunda. De allí que hayamos iniciado este recorrido preguntándonos qué dice sobre el populismo el hecho de que siempre se lo considere en concomitancia con una crisis.

Se intentó responder este interrogante centrando la mirada en el nivel teórico-analítico y no en el empírico (es decir, no analizamos los "populismos realmente existentes", sino una relación teórica entre conceptos). De allí que se buscara echar luz sobre el alcance que se le ha reconocido a la noción de "crisis" en diversas investigaciones sobre el populismo, sugiriendo también que esa puede ser una vía para desentrañar algo de su estatuto conceptual. Nuestro punto de partida era que, funcionando como un supuesto más que como un concepto del cual es preciso dar cuenta teóricamente, la crisis se erige en los estudios sobre populismo como una suerte de comodín que condensa un criterio de adecuación entre elementos que –se supone– se han desacoplado, dando con ello lugar a una crisis. Así, al momento de estudiar los populismos, hay elementos que aparecen desacoplados: sociedad y política, representados y representantes, instituciones y actores, ciudadanía y partidos políticos, entre otros pares conceptuales.

La cuestión central es que allí se trafica un criterio de adecuación no siempre explicitado, que permite, por un lado, identificar un momento de crisis (que, como tal, es irregular, excepcional y no normal, porque efectivamente allí las cosas no son como deberían) y, por el otro, definir el populismo de algún modo. Entendida como el desacople de cosas que no están acomodadas como deberían, es en "la crisis" en donde parece surgir la posibilidad teórica de concebir al populismo como un fenómeno constitutivamente anómalo. Aquella funciona como un *baremo* para el populismo, esto es, como "una construcción teórica o una reconstrucción de un determinado proceso histórico que funciona como un cuadro de desenvolvimiento general con el cual se contrasta el objeto de investigación" (Barros 2014, 325). Y esto precisamente porque el populismo es siempre definido conceptualmente en forma concomitante a una crisis que, como tal, es anómala; el primero parece adquirir esa condición de anormalidad casi por propiedad transitiva de su relación con la segunda. La revisión de la literatura llevada a cabo en este artículo devuelve una pregunta crucial: ¿cómo se define, entonces, conceptualmente a la crisis?

Si el populismo no puede ser otra cosa que una anomalía porque en su corazón habita la crisis como encarnación de lo anormal, las definiciones sobre esa crisis –y, por ende, por qué ello constituye una anomalía– deben ser revisadas. Para ello, se volvió a la literatura especializada y reconocimos dos grandes conjuntos de trabajos: aquellos que ven en el populismo un producto de una crisis y los que, en cambio, lo conciben como una vía política que produce crisis. En el paso de la primera perspectiva a la segunda, pudimos observar un notorio desplazamiento, en tanto el productor de crisis en el populismo se reduce a la figura del líder, que es quien efectivamente opera esa producción y promoción de la "sensación de crisis". Este ejercicio estratégico parece ser no solo intencional y voluntario, sino también altamente efectivo: el líder populista emerge como un agente privilegiado de una estrategia mentada para la obtención y mantenimiento del propio poder, en el que la reproducción de la crisis (o la sensación de la misma) juega un rol primordial.

Así, se argumenta que el líder populista es el que produce no solo crisis, sino y sobre todo, una sensación de crisis. Aquí es cuando estos pensadores y pensadoras, cercanos

en mayor o menor medida al enfoque ideacional, parecen soslayar un aspecto clave: si la crisis es la construcción de una sensación o una idea de qué es la crisis, no solo la narrativa discursiva se vuelve clave, sino que también su carácter conflictivo debe ser puesto en consideración. Lo que está en juego aquí es, en definitiva, qué entendemos por discurso. Este no tiene efectividad por sí mismo (solo por el hecho de ser enunciado), sino por la trama (presente y pasada), es decir, la interdiscursividad en la que se inscribe. Más o menos exitosas, más o menos legítimas, siempre hay otras narrativas en juego. Si esto es así, la crisis ya no puede ser una, sino varias y la disputa por su configuración (y ya no solo –o no simplemente– la intención estratégica de un líder) no puede sino ser el centro de nuestras indagaciones.

Stavrakakis *et al.* (2017) advierten este punto oscuro en la argumentación de Moffitt (2015) y subrayan –pensando entonces la *performance* de la crisis como un fenómeno cabalmente coreográfico[20]– la pertinencia de analizar al populismo siempre en relación a la "reacción antipopulista". Sin embargo, al generalizar la falla y pensarla como constitutiva de lo social; al ligarla, al mismo tiempo, a la construcción de la crisis, ambas son extendidas y ampliadas conceptualmente, al punto de volverse parte del funcionamiento social regular y perder, así, su condición excepcional. De este modo, la falla, la crisis y el populismo pierden, en alguna medida, su carácter anormal. Todo lo anterior es, sin duda, un avance hacia una conceptualización del populismo alejada de la reinante, en la que el carácter estratégico y anómalo que se le atribuye al fenómeno tiene un cariz fuertemente normativo y, las más de las veces, peyorativo (Acosta Olaya 2023). Sin embargo, el desplazamiento de la falla (y con ella, del populismo) de la anomalía hacia la ubicuidad introduce problemas adicionales, entre los que se cuentan la omnipresencia del propio fenómeno populista y el movimiento hacia la empiria.

Tanto Moffitt como Stavrakakis *et al*. construyen analíticamente un subnivel de la crisis –el de la falla sistémica– que es (como sostiene esta perspectiva del constructivismo radical) constitutivo de lo social. Si es posible reconocer un "momento de falla [o de] subversión de sistema de representación" (Stavrakakis *et al*. 2017, 12) es solo gracias a la narrativa de la crisis, que en ese mismo movimiento, hace de la primera la segunda. En otras palabras: no podemos acceder al subnivel de la crisis (*i.e.* saber efectivamente cuándo la falla emerge como una cuestión sociopolítica) si no es por la mediación de los modos de significar "la crisis" (porque siempre hay falla, solo que, en algún momento, esta es planteada en términos problemáticos). El análisis nos reenvía entonces a la empiria y a los múltiples principios de inteligibilidad que pueden entrar en conflicto en un momento dado para definir qué es la crisis, quiénes son sus responsables y cómo debe ser ella conjurada. En definitiva, parece que solo podemos saber que hay crisis cuando los discursos circulantes en la escena pública logran presentar la situación como crítica: la presencia del significante "crisis" parece volverse así nuestro único indicador de que, en efecto, *hay crisis*. De este modo, uno de nuestros

[20] Una coreografía que no deja de ser, sin embargo, un dueto: "Siempre se necesitan dos para bailar el tango populista/antipopulista" (Stavrakakis *et al.* 2017, 29; traducción propia).

interrogantes iniciales pervive: ¿podrá ser la crisis algo más que lo que los actores hacen de ella? Y, además, ¿pueden definirla como tal otros actores que no sean populistas o antipopulistas? Entonces, ¿cuál es el vínculo entre la crisis y otras formas de lo político, como la democracia?

De esta revisión se desprende que los estudios sobre el populismo operaron un desplazamiento, desde la anomalía hacia la ubicuidad del fenómeno y que dicho movimiento tuvo menos que ver con la conceptualización del populismo en sí mismo, que con el modo en que se concibió su vínculo con la crisis. Finalmente, el reenvío al estudio de la empiria conduce a una encrucijada que es, en no poca medida, coherente con las amplísimas discusiones que despierta el concepto de populismo: parece preciso analizar cada caso concreto y los modos en que allí significan "la crisis" los actores populistas y los antipopulistas para comprender de qué se habla cuando se habla tanto de populismo como de crisis. ¿No se está así renunciando a la conceptualización teórico-política de "populismo" y de "crisis"? Arrancarlos de la excepcionalidad es, sin duda, un primer paso, decisivo, pero no suficiente; el segundo paso parece ser el de la revisión de la ubicuidad del populismo y de la crisis. Las diversas críticas a la equiparación laclausiana entre populismo y política permiten recorrer una primera parte del camino; la siguiente –la de la revisión conceptual de la ubicuidad de la crisis– está aún por realizarse.

REFERENCIAS

Acosta Olaya, Cristian. 2023. "Usos, desusos, abusos. La encrucijada del populismo y su comprensión desde la teoría política". *Política y Sociedad* 60, n.º 3: 1-10. https://doi.org/10.5209/poso.84667.

Arditi, Benjamin. 2004a. "El populismo como periferia interna de la política democrática". *Revista Electrónica de Estudio Latinoamericanos E-L@tina* 2, n.º 6: 57-75. https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/elatina/article/view/6223/pdf.

— 2024b. "Three Provocations concerning the Uses of Populism". *Populism* 7, n.º 1: 1-20. https://doi.org/10.1163/25888072-bja10058.

Barros, Sebastián. 2014. "Momentums, demos y baremos. Lo popular en los análisis del populismo latinoamericano". *POSTdata* 19, n.º 2: 315-344. http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=52233952002.

Biglieri, Paula y Luciana Cadahia. 2021. *Siete ensayos sobre el populismo. Hacia una perspectiva teórica renovada*. Barcelona: Herder.

Butler, Judith. 2018. *El género en disputa*. Traducido por María Antonia Muñoz. Buenos Aires: Paidós.

Cané Pastorutti, Mariana. 2020. "La construcción de 'la crisis 2001' como objeto de los discursos políticos (Argentina, 1999-2003)". Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

Casullo, María Esperanza. 2021. *¿Por qué funciona el populismo? El discurso que sabe construir explicaciones convincentes de un mundo en crisis*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Di Tella, Torcuato. 1965. "Populismo y Reforma en América Latina". *Desarrollo Económico* 4, n.º 16: 391-425.

Germani, Gino. 1962. *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós.

Hawkins, Kirk, Madeleine Read y Teun Pauwels. 2017. "Populism and Its Causes". En *The Oxford Handbook of Populism*, editado por Cristóbal Rovira Kaltwasser, 267-286. Oxford: Oxford University Press. https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780198803560.013.13.

Hay, Colin. 1995. "Rethinking Crisis: Narratives of the New Right and Constructions of Crisis". *Rethinking Marxism: A Journal of Economics, Culture & Society* 8, n.º 2: 60-76. https://doi.org/10.1080/08935699508685442.

— 1999. "Crisis and the Structural Transformation of the State: Interrogating the Process of Change". *British Journal of Politics and International Relations* 1, n.º 2: 317-44.

Koselleck, Reinhart. 1969. *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*. Madrid: Trotta.

Laclau, Ernesto. 2000. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Traducido por Ernesto Laclau. Buenos Aires: Nueva Visión.

— 2009. *La razón populista*. Traducido por Soledad Laclau. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Mackinnon, María Moira y Mario Petrone. 2011. "Introducción. Los complejos de la Cenicienta". En *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*, de María Moira Mackinnon y Mario Petrone, 11-55. Buenos Aires: EUDEBA.

Melo, Julián. 2014. "Los tiempos del populismo. Devenir de una categoría polisémica". *Colombia Internacional* 82: 71-98. https://doi.org/dx.doi.org/10.7440/colombiaint82.2014.04.

Melo, Julián y Gerardo Aboy Carlés. 2014. "La democracia radical y su tesoro perdido. Un itinerario intelectual de Ernesto Laclau". *POSTdata* 19, n.º 2: 395-427.

Moffitt, Benjamin. 2015. "How to Perform Crisis: A Model for Understanding the Key Role of Crisis in Contemporary Populism". *Government and Opposition* 50, n.º 2: 189-217. https://doi.org/10.1017/gov.2014.13.

— 2020. *Populism. Key Concepts in Political Theory*. Cambridge: Polity Press.

Montero, Ana Soledad. 2021. "Discurso y política durante la crisis de COVID-19 en la Argentina. ¿Es posible 'comunicar bien' una pandemia?". *Perspectivas. Revista de Ciencias Jurídicas y Políticas* 197: 167-81.

Morán, Sabrina. 2023. "Democracia procedimental y populismo. Acerca del temor a los muchos en el siglo xxi". En *Las formas de la democracia. A cuarenta años (1983-2023)*, compilado por Mauro Benente y Diego Conno, 59-82. José C. Paz: EDUNPAZ.

Mouffe, Chantal. 2019. *Por un populismo de izquierda*. Traducido por Soledad Laclau. Buenos Aires: Siglo XXI.

Mudde, Cas y Cristóbal Rovira Kaltwasser. 2019. *Populismo. Una breve introducción*. Traducido por María José Enguix Tercero. Madrid: Alianza.

Müller, Jan-Werner. 2016. "Populismus: Symptom einer Krise der politischen Repräsentation?". *Aus Politik und Zeitgeschichte* s. n.: s. p. https://www.bpb.de/shop/zeitschriften/apuz/234701/populismus/.

Panizza, Francisco. 2005. "Introduction". En *Populism and the Mirror of Democracy*, editado por Francisco Panizza, 1-31. London: Verso.

Rinesi, Eduardo. 2015. "Populismo y republicanismo". *Ensambles* 2, n.º 3: 84-94.

Rinesi, Eduardo y Matías Muraca. 2009. "Populismo y república. Apuntes sobre un debate actual". En *Si éste no es el pueblo. Hegemonía, populismo y democracia en Argentina*, compilado por Eduardo Rinesi, Gabriel Vommaro y Matías Muraca, 59-74. Buenos Aires: IEC-UNGS.

Roberts, Kenneth. 2008. "El resurgimiento del populismo latinoamericano". Traducido por Giulianna Zambrano. En *El retorno del pueblo. Populismo y nuevas democracias en Améri-*

ca Latina, editado por Carlos de la Torre y Enrique Peruzzotti, 55-73. Quito: FLACSO Ecuador.

— 2011. "El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina. El caso peruano". En *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*, editado por Moira Mackinnon y Mario Petrone, 375-407. Buenos Aires: EUDEBA.

— 2015. "Populism, Political Mobilizations, and Crisis of Political Representation". En *The Promise and Perils of Populism*, editado por Carlos de la Torre, 140-158. Lexington: The University Press of Kentucky.

— 2017. "Variedades de capitalismo y subtipos de populismo: las bases estructurales de la divergencia política". *POSTdata* 11, n.º 2: 227-40.

Roxborough, Ian. 1984. "Unity and Diversity in Latin American History". *Journal of Latin American Studies*, n.º 16: 1-26.

Stavrakakis, Yannis, Giorgos Katsambekis, Alexandros Kioupkiolis, Nikos Nikisianis y Thomas Siomos. 2017. "Populism, anti-populism and crisis". *Contemporary Political Theory* 17, n.º 1: 4-27. https://doi.org/10.1057/s41296-017-0142-y.

Taggart, Paul. 2000. *Populism*. Buckingham: Open University Press.

Villacañas, José Luis. 2015. *Populismo*. Madrid: La Huerta Grande.

Weyland, Kurt. 2004. "Clarificando un concepto: el populismo en el estudio de la política latinoamericana". En *Releer los populismos*, de Kurt Weyland, Carlos de la Torre, Gerardo Aboy Carlés y Hernán Ibarra, 9-50. Quito: CAAP.

Fecha de recepción: 14.05.2024
Versión reelaborada: 15.07.2026
Fecha de aceptación: 13.08.2026